

Los ojos en el cuarto

Un cuento de Alejandro Brossard

No puede haber mucha normalidad en un hombre que, conociendo los terrores de esa casa, tomó la decisión de dirigirse solo a su encuentro.

Creí que podría, como siempre, terminar con eso.

Pero me equivoque... Y hoy sufro las consecuencias.

Mi nombre es Juan Carlos Pastor, y, aunque muchos no lo crean, especialmente los que hoy me rodean, soy psíquico.

Uno de los más poderosos que se han conocido... O por lo menos lo fui.

Me he decidido a escribir estas notas con la posibilidad de que si alguien llega a enfrentarse a este ente, pueda tener una oportunidad. Yo la desperdicié...

¿Podré llamarlo ente?

Pero prefiero comenzar desde el principio. Desde el principio del fin... De mi fin.

Como he dicho, soy un psíquico muy poderoso. Y también lo era mi compañera, ella no tuvo tanta suerte... En realidad...

Yo fui el que no tuvo tanta suerte.

Trabajamos con varias organizaciones religiosas. No éramos farsantes y habíamos probado en varias ocasiones que nuestro poder era real, que podíamos enfrentar a este tipo de fenómenos.

Mi compañera se llama... Se llamaba Mónica... Y yo la amaba.

No importa como nos conocimos. Lo importante era que estábamos juntos y queríamos lo mismo. Casi siempre trabajábamos juntos, pero en algunas ocasiones, no muchas, en que las circunstancias así lo requerían, sólo uno de nosotros se presentaba en el lugar de los sucesos.

Esa vez, hace... Ya no puedo recordar cuando fue, pero ahora me parece muy lejano. Esa vez Mónica acudió sola al lugar.

Nunca debí dejarla.

Empezó con la visita de nuestro amigo Nelson que era algo así como nuestro contacto con el mundo exterior.

A él lo contactaban, le explicaban, y luego nos informaba.

Esa vez nos contó de Karina Blanco, una mujer joven, de buena posición económica, que amaba viajar por todo el mundo. Pocos días después de regresar de su último viaje por varios países de Europa y, según sus conocidos, sin que nada extraño hubiera sucedido que pudiera haberlos alertado, ocurrió la tragedia: Karina fue encontrada muerta en su cama por una tía que había ido a la casa para conocer los detalles de ese último viaje.

Pero no solo encontró muerta a su sobrina. Celeste, la hermana, estaba sentada en el piso de la habitación. Totalmente desquiciada, con un atizador de esos que se usan para las chimeneas, en sus manos. Completamente ensangrentada, solo repetía una frase:

“Los ojos... Los ojos del cuarto... No puedo hacer que se vayan...”

La tía, ante esa escena de horror, reaccionó de la manera más lógica: salió corriendo a los gritos de la casa.

Los vecinos al verla la ayudaron. La policía confirmó que Celeste había asesinado a su hermana con el atizador, golpeándola repetidas veces en su cabeza y en su cuerpo, con una saña pocas veces vista. Fue internada en un psiquiátrico y jamás recobró la cordura.

La investigación no reveló nada que pudiera haberla llevado a realizar semejante acto de violencia.

Todo hubiera quedado en un simple, e inexplicado, hecho policial.

Pero la tía, que se mudó a la casa para poder poner en orden los papeles y las cosas de sus sobrinas, comenzó a experimentar terribles sensaciones de ahogo cada vez que intentaba entrar en el cuarto donde había muerto Karina. Según sus propias palabras, se sofocaba. Decidió ponerse en contacto con gente que estudia fenómenos de casas tomadas, embrujadas, o como quieran llamarlas, pero eligió a dos inexpertos... Dos farsantes que le pidieron que saliera de la casa y los dejara por una noche para poder hacer su trabajo.

Al otro día, cuando ella fue a buscarlos, la terrible escena de las dos hermanas se había repetido.

Uno de ellos estaba muerto a golpes, el otro estaba totalmente loco, ensangrentado. Fue internado en el mismo psiquiátrico que Celeste, repitiendo las mismas palabras: “Los ojos... Los ojos... No puedo hacer que se vayan...”

A los pocos días de este suceso, Celeste murió y el hombre, no sobrevivió mucho más.

Cuatro muertes en menos de un mes.

Esto despertó el interés de las organizaciones religiosas que por lo común nos contactaban. Ellos llamaron a Nelson y él nos vino a ver.

Nunca debí dejar a Mónica ir sola...

Fue como si ya lo supiera. Como si ese ente... Esa cosa, supiera que lo íbamos a enfrentar. Poco antes de que Nelson llegara con este caso, habíamos estado preparándonos para otro, al que ya estábamos comprometidos, y decidimos dividirnos...

Nunca debí dejar a Mónica ir sola...

En ese momento, solo pensé que mi caso había sido un simple mal entendido... Gente con miedo...Ahora creo que fue premeditado para que no fuéramos juntos. Aún recuerdo la conversación con Nelson en esa fría sala de espera del mismo psiquiátrico donde habían llevado a Celeste Blanco y a ese hombre del cual ya no recuerdo su nombre...

- Los médicos están haciendo lo que pueden. - Comentó Nelson.

- ¿Pero qué pasó?

- La encontraron en la planta baja, gritando las mismas palabras que los otros.

- ¿Por qué no me dejan verla?

- Su condición es aún peor que la de los otros. Supongo que por su habilidad psíquica.

- Quiero verla.

Solo me permitieron pasar cuando Mónica ya había muerto.

Recuerdo que lloré junto a su lecho, tomándole la mano, por horas. Aún tenía la expresión de horror en su rostro.

Los médicos me sacaron casi a la fuerza, sedándome.

Pocos días después le dije a Nelson que iría a la casa, que acabaría con eso como fuera.

El día antes de encaminarme hacia mi destino, Nelson vino con las investigaciones que había realizado sobre Karina Blanco, las que no había podido darle a Mónica para que las estudiara pero ella pensó que no eran necesarias...

Al leer las notas con Nelson pudimos enterarnos que Karina Blanco había estado visitando, entre otros lugares, ruinas en Escocia y en Bretaña. Ruinas celtas... Y por supuesto había traído objetos supuestamente celtas... Supuestamente Druídicos...

Ella tenía la facilidad económica para comprar reliquias reales, no las que venden a turistas que visitan los lugares y lo máximo que pueden conseguir es el "aire embotellado de la campiña escocesa". Nelson me dio una lista de lo que había adquirido.

Por supuesto intentó convencerme de que no fuera.

Por supuesto me negué.

Esto lo consideraba personal. Mi corazón reclamaba venganza. Nada me haría desistir... Nada...

Esa noche no dormí. Salí a media mañana y me encaminé a mi destino. Nada, al caminar por ese barrio de casas estilo señorial, podía hacerme

intuir la maldad que se escondía.

Al llegar a la casa me detuve en su entrada.

Me quede observando y suspirando. Las imágenes de Mónica, tendida en su cama muerta y yo llorando a su lado me invadían. Pero debía continuar y entre. No había visto nunca la casa.

Al entrar observé un living, cerca había una escalera. Mirando hacia todos lados comprendí que Karina Blanco había sido una mujer con suerte; indudablemente podía gastar el dinero en objetos y decoración cara. Pero no estaba ahí para admirar la decoración. Me detuve al pie de la escalera.

Mirando hacia el primer piso, por primera vez me cuestioné el estar ahí solo. No se como me atreví a querer vengarme solo. Yo que conocía los horrores que se desataban en ese cuarto. Pero ahí estaba, dirigiéndome solo en busca de ese terror... De esa mezcla de demonios y espíritus que habitaban en este lugar.

Comencé a subir las escaleras y, sin poder explicarlo en ese momento, sentí placer. ¿Podía llamarlo entusiasmo? Cinco personas habían muerto en ese lugar...

¿Pudo eso ser entusiasmo...?

Seguí subiendo las escaleras lentamente. Mientras lo hacía, en mi mente resonaron las palabras de los que habían muerto en el hospital, sin que se pudiera hacer nada. Los que con la mente desquiciada solo repetían:

"Los ojos... Los ojos en el cuarto... Me miran... ¡No quiero que se me acerquen!"...

Las imágenes me asaltaban. Pero debía seguir. Tenía que seguir, me había comprometido a ayudar. Me había prometido a mi mismo vengarme. Nunca había tenido miedo... Hasta ahora...

Ahora tenía miedo.

Al llegar al primer piso miré para todos los costados. Vi dos puertas. Me acerque a una y me detuve frente a ella. Intenté abrirla, pero me paralicé. Sentí frío. Respiré hondo y traté de calmarme. Debía concentrarme. Debía concentrarme en lo que había planeado. Mi primer paso debía ser estudiar minuciosamente esa casa. Tenía que estar seguro que el ente solo se manifestaba en esa habitación.

Me alejé de la puerta, y caminé por el pasillo. Llegué frente a la otra, y entré. Era un cuarto común. Di vueltas por la habitación y me sonreí.

Di un nuevo vistazo a todo el cuarto.

La manifestación de este ser solo era en el otro cuarto.

En el cuarto donde ocurrieron los acontecimientos. De todos modos no estaba seguro si podía extenderse.

Me acerque a un sillón y me senté. El no dormir me estaba comenzando a hacer efecto. Estaba cansado. Saque una foto de mi bolsillo y la observé.

Mónica...

La puse contra mi pecho y apoye mi cabeza en el sillón. Quería llorar... No debía. Pero no podía retirar de mi cabeza las imágenes de Mónica. Las imágenes de como nos sentábamos, juntos, nos tomábamos de la mano, nos amábamos.

Nunca debí permitirle venir sola a este lugar.

Y sin embargo... Y sin embargo no me opuse. Ahora sabía que este lugar despertaba asombrosos y magníficos deseos... Asombrosos y magníficos deseos para engañarte. Pero lo comprendía recién en ese momento. Lo entendía recién estando en el lugar, cuando ya no podía hacer nada. Lo único que me quedaba era tratar de remediarlo, impidiendo que eso siguiera...

Estaba cansado... Muy cansado... ¡Te necesitaba tanto, Mónica!

Aunque no quería permitirlo el cansancio me venció y me quede dormido. Ahora no puedo asegurar si fue un sueño, pero fue tan real... Sentí que Mónica se acercaba, se ponía a mi lado, me observaba, con una mirada inexpresiva. Pasaba su mano por mi cabeza y repetía mi nombre.

Me desperté sobresaltado y la llamé, pero nadie respondió. Me paré nervioso, observé para todos lados y en el cuarto no había nadie. Vi la foto caída y la levanté.

Volví a observarla.

No debía permitir que esa cosa se metiera en mis pensamientos. No debía dejar que despertara deseos en mí.

Camine hacia la puerta tome el picaporte y me detuve... Estaba vacilando y no debía vacilar... Debía entrar en esa habitación y enfrentarlo. Pero desde que había entrado en esa casa, a medida que pasaba el tiempo, comenzaba a sentirme atrapado en una mezcla de pánico y ansiedad. Eran esos sentimientos tan opuestos los que me hacían vacilar.

Pero no podía comprender el por qué.

¿Me tendría miedo y quería hacerme desistir? ¿O solo estaba jugando conmigo? Inspiré y salí de la habitación. Caminé por el pasillo hacia la

otra puerta.

Me pare nuevamente frente a "la habitación". Volví a sentir frío. Me retire un poco de la puerta y me puse a caminar por el pasillo.

Estaba dudando.

Tenía que concentrarme. Era un trabajo que conocía. Las imágenes de Karina y Celeste me dieron vuelta por mi cabeza. Karina tendida en su cama y Celeste parada a su lado con una sonrisa en su rostro y los ojos desorbitados. Regresé hacia la puerta, mientras escuchaba en mi cabeza las palabras de Celeste Blanco: "Los ojos... Los ojos no dejan de mirarme"...

Esto no era igual a otros acontecimientos a los que me había tenido que enfrentar... Esto era distinto... Era más que demoníaco.

Nuevamente las dudas me asaltaron. Me aleje de la puerta y fui hacia la escalera. Puse un pie en el primer escalón para bajar y me detuve. Levante mi cabeza, cerré los ojos, y recordé a Mónica sobre la cama.

Sus ojos, la expresión de terror.

Si en el cielo existe piedad, esa imagen debía borrarse de mi memoria.

Di media vuelta y con decisión me dirigí a la puerta. Cuando llegué, respiré, tomé el picaporte y la abrí.

Entre en la habitación.

Al entrar sentí una ola de mucho calor, tuve que sacar un pañuelo y secarme la transpiración. Observé el cuarto: había una cama y mobiliario común. De lujo, pero simples muebles de un cuarto. Caminando por la misma sentía frío en algunos lugares y calor en otros. ¿Pero por qué? Avancé hacia el centro del dormitorio. Al llegar al centro me detuve y observé. Sentía temor pero no debía demostrarlo. Había alguien o algo en ese lugar. Y me daba cuenta que se me metía en la cabeza. Tenía que impedirlo. Luchar con él. Tomé aliento y grité:

- ¡Muéstrate!

Una voz detrás de mí me llamó.

- Juan Carlos.

Giré. Parado frente a mí estaba Mónica. Muy pálida.

Me aproximé. Me miraba con una sonrisa y al llegar junto a ella, abrió sus brazos. La abracé:

- Te extraño... Duele... Duele no tenerte a mi lado.

Se separó de mí y con voz dulce dijo

- Podemos estar juntos de nuevo. Él nos dejará estar juntos.

Al escuchar ese "Él" sentí horror. Me aleje, la miré y seguía sonriendo. Mónica estaba muerta. No importa que viera. Mónica estaba muerta. Moví mi cabeza negativamente y dije

- No podemos...

No termine mi frase. Mi expresión se endureció y dije:

- No eres Mónica.

Volví a mirar alrededor del cuarto y grité:

- No vas a jugar con mis deseos. No vas a poder.

Regresé mi vista a Mónica. A su lado estaba Celeste Blanco y el hombre que había muerto en el hospital. Todos estaban pálidos. Retrocedí. Los tres, con voces que parecían salir del mismísimo infierno dijeron

- No hay salida.

- No hay salida.

- No hay salida.

Me acerque a ellos y grité nuevamente:

- ¡Muéstrate!

Entonces escuché una voz. Una voz grave. Una voz capaz de hacer temblar de terror a cualquiera.

- ¿Mostrarme?

- ¿Qué eres? - Pregunté con temor.

- Desde el principio de los tiempos quieren saber que soy. Y aún no lo entienden.

Mónica se me acercó y nuevamente con voz dulce me ofreció:

- Podemos estar juntos, Juan Carlos...

Gire y la observé. Comencé a acercarme a ella y ella a mí... Pero me detuve. Levanté mis brazos haciendo el gesto de alejarla. Mónica se detuvo. Puso expresión de indiferencia. Como si fuera un simple juguete activado por la voluntad de esa cosa. Los otros dos desaparecieron.

Levanté mi cabeza y grité:

- ¡Ella no es Mónica! -

En ese momento todo se oscureció. No podía ver nada. De pronto sentí algo más poderoso aún que cualquier cosa hasta ese momento. En la oscuridad vi dos ojos rojos. Se acercaban, me miraban, me penetraban. La sensación de horror, de miedo, era indescriptible. No eran solo eso. Era el ser que miraba y te dominaba.

Cerré los míos, pero no podía apartarlos de mi mente.

Eran los... Los ojos del cuarto... Solo podía ver los ojos... Que se metían dentro de mí.

De pronto, todo se aclaró. No se cómo, pero estaba sentado en la cama.

A mi lado había una mujer, acostada. Me acerque a ella. Estaba de espaldas. Con mucho cuidado acerque mi mano y gire el cuerpo hacia mí. Era Mónica, con la expresión de terror que yo quería olvidar.

Aterrorizado me aleje de ella. Me paré y mire hacia la puerta. Quise ir hacia allá, pero esa espantosa voz me detuvo

- No hay salida. -

Regresé la vista a la cama, estaba vacía.

Si permitía que me dominara, si permitía que esos ojos, que esa voz me dominara, todo estaría perdido. Tenía que ocultar mis sentimientos. Tenía que dejar de pensar en Mónica y en el horror. Mi poder de concentración tenía que funcionar. Era mi única salida. Respiré varias veces y, aunque no muy seguro de mi repentina muestra de confianza, con tono mas suelto dije:

- No quiero mis deseos. No vas a poder hacerme querer mis deseos. No importa lo que hagas, o lo que digas.

Su voz volvió a escucharse en el cuarto:

- No es tan simple. Tu mente es fuerte. La más fuerte que me he encontrado en todos estos siglos. Pero no te servirá.

Me senté en la cama y me reí mientras le decía:

- Si es simple. Te alimentas de deseos. Y eso hace que la gente quiera más. Y eso te alimenta más. Pero no voy a darte el gusto.

Debía de estar consiguiendo ganar algo de terreno, porque volví a escuchar la voz de Mónica que me llamaba. Insistía con traerla, con hacer que la deseara. Giré mi cabeza y la vi parada cerca de la puerta. Levantó sus brazos y en tono de suplica me dijo:

- Ven conmigo Juan Carlos.

Moví mi cabeza negativamente y todo volvió a obscurecerse. Los ojos rojos aparecieron nuevamente y se me acercaron.

Esos ojos. Podía resistir las visiones de Mónica... Las visiones de los otros... La visión de algún ser monstruoso que se me acercara... Pero esos ojos...

En ese momento grite:

- ¡Basta! Solo son ojos... Solo son ojos... Terminé llorando.

La luz regresó a la habitación. Estaba solo. Me incorporé de la cama y camine por el cuarto. Observé para todos lados. Tenía que ser fuerte, debía serlo. Usé toda la concentración de la que era capaz y endurecí

todo lo que pude mi tono de voz

- Se que estás aquí. -

En ese momento me di cuenta que había algo sobre la cómoda que antes, puedo jurarlo, no estaba. Era una urna. Me aproxime y trate de tomarla pero al tocarla sentí un terrible dolor. Quemaba. Pero tenía que tomarla. A mi mente regresaron las palabras de Nelson: "Reliquias Celtas, druídicas..."

Eso debía ser. Algo encerrado en su interior. Algo tan maligno que de alguna manera había encontrado la forma de vivir en esa caja para poder concentrar su poder. La observe por todos sus lados. En la tapa vi dos puntos rojos. Mientras la analizaba el calor comenzó a ser insoportable. Me estaba sofocando.

Me arrodille.

Esa cosa quería que sintiera que me ahogaba. No debía permitirlo.

Con mucho esfuerzo me incorpore. Me saque el saco que tenía puesto, lo puse entre mis manos para protegerme y tome la urna. Ya no podía respirar. Mire la urna y cerré mis ojos. En ese momento vi la imagen de Mónica sonriendo y diciéndome

- Te amo. -

Abrí mis ojos. Con un esfuerzo inmenso caí al piso con la urna envuelta en el saco. Quemaba... Quemaba... No solo mis manos se quemaban... Mi cuerpo se quemaba.

Apoyé la caja con el saco en el piso. Levante mis brazos y cerré los puños. La oscuridad volvió a apoderarse de la habitación y los dos ojos rojos se me vinieron encima. Baje mis brazos con toda mi fuerza y Grité desesperadamente:

- ¡No vas a entrar en mi mente! -

Al romperse se escucharon gritos. Los pude reconocer. Eran los de Mónica, Karina, Celeste, los hombres... Hasta la indescriptible voz. Lentamente todo fue quedando en silencio. Casi sin fuerzas, me arrastré hasta el pasillo. Tambaleándome llegue a la escalera y caí con la respiración agitada.

Pero en mis pensamientos solo podía escuchar mis propias palabras:

- Todo termino. Me he vengado.

Mucho no puedo recordar de cómo Nelson me encontró y me llevó a casa. Sí puedo recordar que estaba en la cama y un médico me atendía y me decía:

- Con unos días de reposo estará bien. En una semana quitaremos los

vendajes de las manos. -

Nelson, miró al médico.

- ¿Seguro doctor? -

- Seguro. No tiene nada que un buen reposo no cure. Y las quemaduras de las manos... Con el tiempo sanarán.

Cuando el medico se retiraba le agradecí.

Nelson se me acercó con una sonrisa y yo le pregunte:

- ¿Y? -

- Karina Blanco era una mujer de mucho dinero, y como sabemos, viajaba por todo el mundo. De acuerdo a lo que pudimos rastrear, ya habíamos hecho algún comentario, compró esa urna, o lo que fuera en Escocia. Confirmamos que era una reliquia celta.

- Fue horrible Nelson. Esos ojos... Creí que no lo contaría. Y la imagen de Mónica... Era tan real. Quería estar de nuevo con ella...

- Pero pudiste darte cuenta. Mejor dormí un rato. Voy a terminar unas cosas y vuelvo para ayudarte a preparar algo de comer. ¿Apago la luz? -

- No.

Nelson sonrió, ante mi respuesta, y salió de la habitación.

Me acomode en la cama. Con esfuerzo, por las manos vendadas, tomé la foto de Mónica que estaba sobre la mesita. Le di un beso. Siempre estaría en mis pensamientos. Dejé la foto sobre la almohada y cerré los ojos.

Unos momentos después se oscureció todo.

Me senté en la cama y frente a mí vi los dos ojos rojos.

La habitación se congelo de pronto y escuche la voz de Mónica.

- Podemos estar juntos para siempre.

Grite, grite aterrorizado, pero ya era tarde.

Los ojos... Esos ojos estaban dentro de mí.

Ahora estoy en un centro psiquiátrico, en donde escribo estas notas, para que me comprendan. No quisieron darme una birome para escribir, me dan crayones, los miserables...

Por las noches me atan. Dicen que soy peligroso.

Y es verdad. No es conveniente que salga.

Esa cosa vive dentro de mí.